

muros inhospitalarios sacudiré el polvo de mis sandalias.

El hizo ademán de bajar del brocal de la fuente. ¡Imposible! estaba detenido por cien brazos.

—¡Vaya! ¡vaya!—decían por todas partes;—no hagás locuras, Mariotto.

La muchedumbre capitulaba. Esto aumentó la arrogancia de Mariotto; pero cuando parecía más fiero, encontró medio de insinuar que además del fin de la historia de Falcone y los desgraciados soldados del regimiento Búffalo, sabía también la muerte terrible de Malatesta y de los jóvenes nobles sus cómplices.

Para oír esas dramáticas narraciones é indemnizarle del ultraje recibido, necesitábase nada menos que una onza de oro.

Nunca que de ello se tuviese memoria, improvisador alguno había exagerado tan locamente sus pretensiones.

Pero la muchedumbre sentía aún el olor de sangre, la muchedumbre veía de color rojo: así volvió al revés sus menguados bolsillos y reunió la onza.

Mariotto la guardó y repuso ya reconciliado:

—Sí, mis bienhechores, os resta saber lo más interesante... No me interrumpáis, porque la noche avanza, y al señor Spurzeim no le gusta que la gente retire tarde. Os lo diré todo, porque los pobres Búfalos no gritaron, porque no se sirvieron de sus fusiles, todo, en fin, os lo prometo.

Pero primero volvamos á los que estaban alrededor del charco de sangre.

El charco iba sin cesar aumentando.

Diríase que el paso subterráneo devolvía gota á gota toda la sangre de los pobres Búfalos degollados.

Soldados y oficiales se consultaban con la mirada.

El horror helaba todos los corazones y todas las voces.

Poco á poco pareció salir del paso subterráneo un creciente y confuso ruido. ¿Eran los gemidos de todas esas pobres almas recientemente separadas de sus cuerpos?

Jefes y oficiales experimentaron el mismo terror, pero mientras se preparaban á huir, la abertura estalló como un cañón cargado de metralla. Las balas, las postas, las barras de hierro empezaron á llover sobre las filas de los gendarmes y dragones. El mayor Frascati cayó herido en la cabeza.

Al mismo tiempo retumbó por las concavidades de la caverna un grito de triunfo, seguido de la maldita sonata.

Amigos míos, ¿qué hubieseis hecho vosotros en semejante caso? casi todos los jefes estaban muertos. Gendarmes y dragones se precipitaron por el camino ya recorrido, hasta llegar en desorden al lugar de la abertura exterior. Una vez fuera, la fuga continuó al azar á través de la nieve.

Heles allí en medio de la noche extraviados en las gargantas del Sila. No tengo necesidad de decirlos que ya no buscaban el castillo de Púrpura.

Perdidos en las tinieblas, transidos de frío, extenuados de hambre, tomaban el pico de cada roca por un enemigo.

Así pasaron la noche entera entre fatigas y terrores. Una hora antes de amanecer salieron de las nieves, lo que fué para ellos un gran consuelo.

A los primeros resplandores del alba distinguieron un campamento á corta distancia.

Pero no era el que habían abandonado la víspera anterior. Veíanse centinelas con uniforme que daban el quién vive y hacían fuego inmediatamente replegándose tras las tiendas.

Durante algunos instantes todo el mundo estu-

vo de pie en el campamento. Felizmente los primeros rayos del sol dieron á conocer la equivocación. Sin esto, se da una batalla.

Era el segundo cuerpo de nuestras fieles tropas, el que había seguido á la derecha la cadena de los Apeninos.

Nuestros fugitivos en lugar de volver á su campamento se habían extraviado por el monte. Franquearon sin saberlo los Apeninos, pasando de la Basilicata al principado citerior.

Entonces se contaron. En el momento de la separación de los cuerpos de ejército, cada uno de ellos constaba de unos mil quinientos hombres. Nuestros fugitivos no eran á la sazón más de doscientos, y Dios sabe cuán pocos deseos tenían de renovar el asalto.

Pero entre los que componían el segundo cuerpo se encontraban, como os he dicho, Malatesta y sus compañeros.

Estos no eran del mismo parecer. Todos jóvenes fogosos, insolentes, libertinos, etc., robando un poco menos que los mismos bandidos, querían como nobles combatir á toda costa.

Su tropa compuesta en su mayor parte de gendarmes, dragones y soldados de la guardia, se mostraba llena de ardor. Los Malatesta, como se llamaba á los siete nobles, pidieron ponerse á la cabeza de la columna, y una vez entrado el día emprendieron la marcha.

He aquí cómo Misalta refiere estas cosas, queridos hermanos míos.

Apenas hubieron penetrado en el monte, vieron un aldeano que huía. Malatesta le persiguió y le cogió.

¿Sabéis lo que dice nuestro Misalta? Que aquel aldeano estaba allí adrede para hacerse prender.

Cada uno de esos bandidos es más astuto que una zorra.

Llevóse al aldeano al centro de un grupo formado por los oficiales y jóvenes nobles. Preguntósele si sabía la dirección del castillo de Púrpura. Tartamudeó, turbóse. Se le amenazó con la tortura.

—Señores—exclamó llorando,—tened compasión de mí. Los bandidos me matarán si saben que he revelado el secreto de su retiro.

—¿Luego sabes el secreto de su retiro?—exclamaron todos.

—¿Por ventura he dicho que lo sabía, mis buenos señores? Tened compasión de un desgraciado... Lo sé, es verdad, yo solo y nadie más, y aun por una casualidad... En el otoño, señores, iba á caza de gamuzas para alimentar á mis pobres hijos que se morían de hambre. Un día me extravié en un país que no conocía. De repente encontréme en un valle interior circunvalado de montañas llenas de nieve, y cruzado por un río, en medio del cual se ve una isla. En la isla hay una gruta cuya abertura está oculta por lotos rojos y enredaderas de flores olorosas... La gruta guía á las cavernas que están bajo el castillo de Púrpura...

—¿Entraste tú?

—Cuando no se tiene que perder más que una vida pobre y sin esperanza se es valiente... Así penetré por el camino, y ví las grutas, y por el orificio de éstas el valle en que se eleva el castillo de los Borgia, bermejo, arrogante y terrible como Porporato su señor.

Los jefes se miraron; luego Malatesta dijo:

—Marcha delante y condúcenos á la isla.

El aldeano empezó inmediatamente á caminar. Hacía todo lo posible por aparentar que iba contra su voluntad. Los jefes se decían: Ya tenemos cogida la fiera.

El camino fué largo. De tiempo en tiempo el

aldeano se orientaba. Finalmente batió las palmas con alegría. Había conducido la tropa á una meseta, desde donde se distinguía, entre dos rocas parecidas á dos cuernos, el río Sele que extendía su cinta de plata en una llanura lejana.

—Es la ¡*Fronte del Diavolo!*—exclamó una vez allí;—lo más difícil está hecho.

El aldeano atravesó la meseta á la carrera, penetró por una estrechura donde no podían pasar dos hombres de frente, y llegó al río y á la isla.

Tuvieron que vadear el río. La isla era un verdadero paraíso.

Como nuestras gentes se admirasen de encontrar este delicioso retiro en un país tan desierto, el aldeano exclamó:

—Esto es nada en comparación del segundo valle en el cual se eleva el castillo de Púrpura.

¡Oh! amigos míos, el aldeano tenía razón.

Pero antes de pasar adelante, decidme, hermanos míos, con la mano en el corazón, si existe en todo Nápoles, en las provincias ó en Europa, otro hombre que pueda contar historias como esta... Si hay uno solo, mostrádmelo.

—No existe otro, Mariotto—exclamó la muchedumbre entusiasmada.

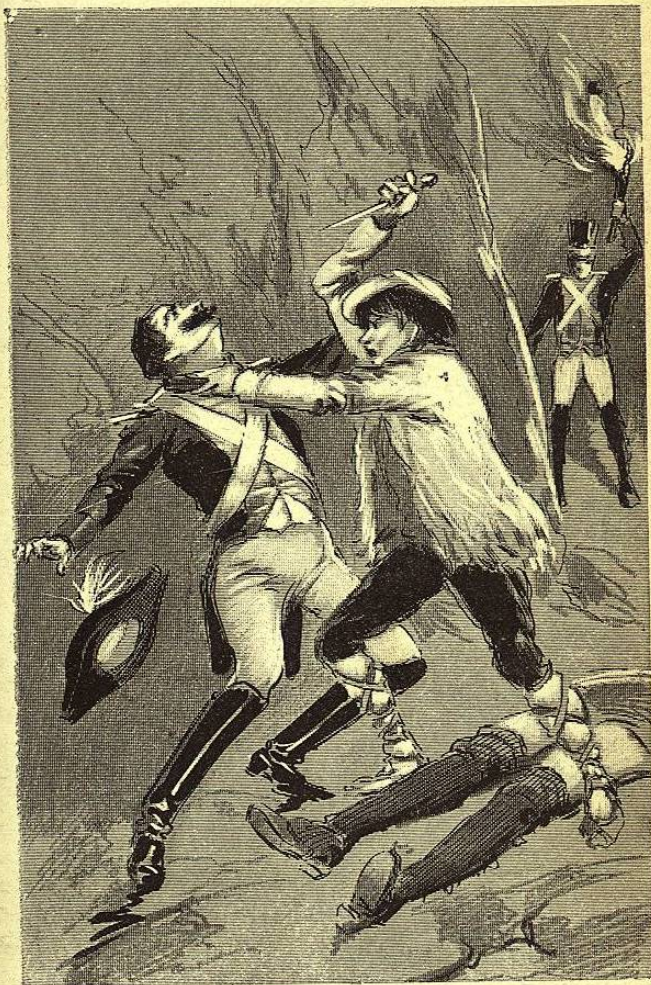
—¡Bravo, Mariotto!

—No nos hagais impacientar, amigo.

Preciso es confesar que tenían un poco de miedo por sus bolsillos. Cuando Mariotto se interrumpía era mala señal.

Pero el ilustre improvisador había acabado por aquella noche de pedir; así, prosiguió gratis:

—Había en la isla un bosquecillo de acebos tan espeso que un corzo no hubiera podido penetrar en él. Como los jefes se sorprendiesen de que el aldeano mostrase intento de entrar, él les dijo:—Amenaza el huracán; ved si hay otro abrigo alrededor.



La primera víctima no pudo advertir á la segunda...

En cierto lugar las ramas habían sido cortadas, de manera que formaban un paso estrecho y difícil. Jefes y soldados penetraron por allí uno á uno. En el centro del bosquecillo se abría un agujero redondo rodeado de un marco de granito. Era el orificio de una escalera de mármol.

Todos descendieron por ella. Abajo de la escalera había un camino subterráneo, ancho y cubierto de arena que formaba una subida insensible.

Según toda apariencia las aguas del lago debían pasar por debajo.

El aldeano caminaba entre un dragón y un gendarme. Los dos llevaban un puñal en la mano. A la menor señal de traición debían dejarle en el sitio. El aldeano no parecía temer.

—Con tal que me deis una buena recompensa —les dijo,—pues soy un pobre padre de familia, os lo entregaré sin recelo... El camino que seguimos lleva al centro mismo de la fortaleza...

Las gentes del rey ya la daban por ganada.

Pero ya es tiempo, carísimos amigos, de responder á todas vuestras preguntas. ¿Qué fué de los pobres Búfalos? Si estaban muertos, ¿quién los había matado? ¿cómo los habían asesinado? ¿en qué lugar? ¿por qué no gritaron? ¿por qué no hicieron uso de sus fusiles?

Nuestras gentes desembarcaron en vasto recinto subterráneo donde se oía un ruido sordo y confuso.

El aire era frío y lleno de corrientes húmedas.

—Mis buenos señores—les dijo el aldeano,—es necesario encender vuestras ramas de pino, el camino es dificultoso, el torrente ha abierto precipicios.

—¿Hay peligro en mostrar aquí el resplando de las antorchas?—preguntó Malatesta.

—¿Habéis creído—respondió el aldeano,—alcanzar vuestro objeto sin correr peligros?

Malatesta ordenó avergonzado:

—¡Encended las antorchas!

Cinco ó seis ramas de pino alumbraron á la vez. Para aquella enorme caverna era poco.

Apenas se disiparon un poco las tinieblas. Caminóse. Al cabo de unos doce pasos la pared formaba un brusco recodo y empezaron á chispear las bóvedas y muros.

Parecía que estuviesen suspendidas aquí y allá millares de estalactitas de fuego.

Cada movimiento de las antorchas producía en la cúpula prodigiosos reflejos de luz.

A todos les fué dado contemplar un espectáculo extraño.

La caverna estaba dividida en dos por el torrente que murmuraba invisible en su angosto álveo.

La parte en que se encontraban los soldados del rey hallábase situada cincuenta pasos debajo del otro compartimiento.

El terreno roqueño se elevaba cortado á pico al otro lado del torrente, y la subida brillantada por ligeros arroyos de agua filtrando y corriendo por todas partes, parecía una muralla de cristal.

Pero apenas pararon la atención en ello.

Otra cosa había que ver, una cosa tan horrible que todos creyeron estar soñando.

Esa luz trémula debía evocar fantasmas.

Pero á medida que adelantaban la duda dejaba de ser posible. Un grito de angustia escapó á la vez de todos los pechos.

Más de ochocientos cadáveres estaban tendidos en el suelo.

Había un verdadero cúmulo de ellos, á la entrada de un estrecho paso subterráneo situado frente la segunda caverna.

Era el paso cuya otra extremidad daba á las

verfientes del monte por la parte de la Basílica.

Las gentes del rey se hallaban allí á poca distancia del lugar donde la primera expedición había hecho alto.

¡Oh mis amigos! ¿no lo adivináis? los pobres Búfalos habían penetrado uno á uno en aquel corredor estrecho y resbaladizo. A cada lado del boquete que á él abría paso había una afilada é infatigable cuchilla.

Los cadáveres decapitados explicaban por qué no se oyera ningún grito.

La primera víctima no pudo advertir á la segunda; la desgracia de la segunda no había podido servir de enseñanza á la tercera...

Sólo el médico Pedro Falcone sucumbió al puñal del Silencio.

Llevaba la sortija de hierro y no podía perecer sino á manos de un maestro.

El mismo Porporato había puesto fin á sus días.

Las gentes del rey contemplaban con estupor aquel campo de matanza, cuando resonó bajo las bóvedas un grito particular.

Un coro invisible empezó á cantar el canto misterioso tantas veces repetido:

«Amici, alliegre andiamo alla pena...»

Luego una voz exclamó:

—¡A nosotros, Cucuzone!

El gendarme y el dragón que no abandonaban al pretendido aldeano cayeron heridos en el corazón.

Luego se vió al saltarello brincar como un tigre sobre las cabezas.

Cayó una cuerda de la caverna superior.

El saltarello trepó por ella con la agilidad de un mono. —¡Fuego!—gritó Malatesta.

No fueron por cierto sus soldados los que obedecieron á este mandato.

En el reborde de la caverna superior apareció una línea brillante.

Eran centenares de fusiles que les apuntaban.

Los que llevaban las antorchas sólo tuvieron tiempo de arrojarlas á tierra para apagarlas.

Una terrible explosión tuvo lugar, seguida de gritos de angustia. Luego el silencio.

Los soldados del rey buscaban donde ocultarse ó salvarse.

La mayor parte se formaban un parapeto con los cadáveres.

En medio del silencio se oyó una voz que decía:

—El consejo del carbón y el hierro ha condenado á muerte á Giulio Doria de Angri, marqués de Malatesta, á Domenico Sampieri, á Vespuccio Doria, á Vicente Pitti, á Benedetto Marescalchi, Ziani, Colonna y Gravina... que mueran.

Una gran llama atravesó el espacio.

Era un globo de fuego que fué á caer en el centro de la caverna inferior y que lanzó un vivo resplandor.

Inmediatamente resonaron siete disparos de carabina.

Malatesta y sus compañeros habían sucumbido.

Eran las once de la noche. La muchedumbre que hace poco llenaba la avenida di-Porto acababa de dispersarse.

En las calles reinaba ya el silencio y la soledad. Mariotto el improvisador regresaba á su vivienda. Mientras caminaba iba contando su dinero.

Dos ó tres veces creyó oír tras de él pisadas que resonaban en el empedrado de lava.

Volvióse y no vió nada.

Para llegar á su casa debía cruzar las ruínas de Castello-Vecchio recientemente incendiado.

Habíase puesto una tabla para pasar el foso

del norte, el cual era un verdadero precipicio cortado en la roca.

Antes de pasar este puente peligroso, el prudente Mariotto volvióse á mirar.

Crejó ver una sombra que caminaba á lo largo de las casas.

Pero como la sombra estaba aún lejos, dijo para sus adentros:—¡Aun tendré tiempo de pasar!

Al hallarse en el centro de la tabla, la sintió girar de repente.

Mariotto hizo la señal de la cruz, exhalando un grito de angustia.

A sus espaldas una voz dijo:

—El señor Johann Spurzeim ha oído hablar de ti, Mariotto.

—¡Piedad!—gritó el desgraciado perdiendo el equilibrio.

—Sabes historias demasiado interesantes, Mariotto—prosiguió la voz;—Dios te tenga en su gloria: yo hago lo que se me manda.

La tabla giró. En el fondo del foso oyóse un ronco alarido; luego las tinieblas permanecieron silenciosas.

XIII

Al aceño

El señor Johann Spurzeim estaba durmiendo en la alcoba de su casa, situada en la plaza del Mercato que ya conocemos. Aun no se había trasladado al palacio de los ministros de Estado, que debía ser en adelante su morada oficial.

Hallábase muy bien en aquella casa oscura y barrio lejano. Debía aún disponer ciertas particularidades que requerían poca luz.

Al resplandor de la lamparilla era fácil distinguir cerca de su faz terrosa la cabeza negra y